Héctor Zagal, *La cena del bicentenario*, 2009, México, Martínez Roca ediciones, 191 p.

RECEPCIÓN: 7 de octubre de 2009.

ACEPTACIÓN: 18 de noviembre de 2009.

¿Podrían ustedes, haciendo su mejor esfuerzo, imaginar hoy una cena de gala, en una sede bellísima como el castillo de Chapultepec, a la cual asistieran Salinas de Gortari, Samuel Ruiz, Carlos Slim, Manlio Fabio Beltrones y López Obrador, invitados por doña Martha Sahagún y su esposo?

El profesor de filosofía, Héctor Zagal, especialista en Aristóteles, nos presenta una cena análoga, que discurre por las páginas de esta novela, sólo que anfitriones e invitados, por gracia del tiempo, se encuentran amparados por el cobijo de la Historia de nuestro país. Pero no por demasiado tiempo, porque a lo largo de las páginas, la delicada aura de respetabilidad se va difuminando poco a poco, según se desarrolla la acción. El texto nos convoca a ser asistentes silenciosos, verdaderos convidados de piedra, a un evento inédito y extraordinario al que muy pocos han sido invitados: *La Cena del Bicentenario*.

La fecha es el 13 de septiembre del 2010. El lugar, el Palacio de Chapultepec (no hay muchos castillos disponibles por aquí). A la mesa, circular para zanjar problemas de precedencias, nos encontraremos acomodados a los héroes que nos dieron “Patria y Libertad”, “Orden y Progreso”, “Sufragio *Electivo*, no Reelección”, “Tierra y Libertad”, y demás lindezas. Es decir, algunos de los más selectos héroes y antihéroes de los Estados Unidos Mexicanos en estos últimos doscientos años; los anfitriones de tan gran celebración son Fernando Maximiliano José de Habsburgo Lorena, Emperador de México, Archiduque de Austria, Príncipe de Hungría y su esposa, la emperatriz Carlota Amalia. Los invitados son el Padre de la Patria, don Miguel Hidalgo y Costilla; don

RESEÑAS

Agustín Cosme Damián de Iturbide y Arámburude o Agustín I de México; el licenciado Benito Pablo Juárez García, Benemérito de las Américas; José de la Cruz Porfirio Díaz Mori, don Porfirio; y Emiliano Zapata Salazar, el caudillo del Sur. La Corregidora, doña Josefa Ortiz de Domínguez, se negó a acompañar al padre Hidalgo; doña Margarita Maza de Juárez se excusó, presentando oportunamente sus disculpas.

No fue cosa sencilla para los organizadores la asistencia de tan disímiles personajes. Tampoco lo fue para los propios asistentes al convite decidir si irían o no irían: todos son desconfiados; por ello, se encuentran sentados, todos ellos tensos, nerviosos, al borde de la histeria. ¿Cena de negocios, cena política? De hecho, todos y cada uno tienen a uno o a varios enemigos jurados en esa mesa; pero, por más que les costara, tenían que asistir. Carlota, anfitriona consumada, intenta convencerlos *comme il faut* de que esto es una celebración, un simposio histórico: son los doscientos años de independencia de México.

Las exquisiteces culinarias fueron estudiadas cuidadosamente. Algunos de los invitados, incluso, enviaron como cortesía platillos elegidos con atención y delicadeza: chichilo, coloradito y amarillo; chiles en nogada; sopa de capirotada de lomo y azafrán; jericalla. Habrá tequila y mezcal, blanco de Parras y tinto queretano, champaña, ixtabentún y coñac; habrá *vichyssoise* de aguacate, pescado zarandeado, manchamanteles, cochinita, dulces mexicanos como ate de tejocote y jamoncillos de leche quemada. Pero, sobre todo, una conversación importante, en la que se decidirá el destino futuro de la Nación.

O tal vez no. Antes de la champaña y el brindis de rigor, los asistentes salen a la terraza del castillo a presenciar los hermosos fuegos artificiales, que se adelantaron un poco a la ajustada planificación de la emperatriz. Luego de contemplarlos, entran todos de nuevo y el emperador, adelantándose a su esposa y levantando su copa, pronuncia el célebre “¡Por México!”, respondido a coro por todos los asistentes, incluidos la emperatriz y el benemérito. De pronto, uno de ellos cae envenenado.

Inmediatamente después, otro más se desvanece, pero no muere. Como si fuera un conteo de votos del PREP, los ánimos estallan sin control, se lanzan acusaciones y contraacusaciones, se dispara la paranoia, nadie sabe qué pensar o decir. Uno de ellos toma el control, y como un Augustine Dupin o un CSI contemporáneo, lleva a cabo la investigación y los interrogatorios. El misterio finalmente quedará resuelto, pero no así la novela, que nos sorprende con la inusitada aparición de otro participante, secreto, que dará un giro de 180 grados a la historia.

La novela es, evidentemente, una provocación. Héctor Zagal no la escribió con el afán de celebrar el bicentenario, sino de cuestionar qué es lo que vamos a celebrar. El momento, *kairós*, es oportuno. Nos vamos a indigestar con conmemoraciones el año próximo, pero ¿en verdad qué es lo que celebraremos? Creo que hay tres maneras, al menos, de acercarse a ello, aunque seguro habrá otras que no pensé. La primera es la indiferencia absoluta: el bicentenario, los festejos, tal conmemoración puede no decirnos nada, estar vacío; pueden resultarnos los héroes figuras de paja que no representan en absoluto un modelo a seguir, en ningún sentido. Estoy convencido de que la primera intención de esta novela es combatir tal indiferencia.

La segunda es la perspectiva pesimista, es decir, nuestros héroes lo son por decisión de otros, por aparecer en libros de texto de primaria, cuando menos críticos somos y asimilamos más pasivamente la imposición de figuras modélicas. O dicho de otra manera: todos nuestros héroes buscaron el poder y sólo el poder; persiguieron favorecer a los suyos, a una élite determinada, a un sistema de pensamiento, a una concepción reducida de país. Podría resumirse en versos del famoso soneto de Ipandro Acaico:

¡Desventurada raza mexicana!
Mandar no sabe, obedecer no quiere;
Al que aclamaba rey, voluble hiere;
Al que hoy ensalza, abatirá mañana.

La tercera forma nace de una perspectiva optimista: a su manera, todos nuestros héroes quisieron lo mejor para México, buscaron que nuestro país fuera un lugar más próspero, más libre y más justo. Vivieron su vida en un esfuerzo continuo por lograr esta meta; unos se acercaron a ella, a otros les quedó muy lejana. Hubo guerra, sangre y muerte, pero también nacieron leyes, instituciones, se fue forjando cierta aproximación a una idea de identidad, que podría resumirse en la famosa conclusión de Octavio Paz: “somos contemporáneos de todos los hombres”.

Claro que este ser contemporáneo, a fin de cuentas no es una condición resolutive, no mejora las cosas ni, necesariamente, nos hace indagar de manera profunda en nuestra historia. Sin embargo, hay motivo de satisfacción, los héroes marcaron el devenir de nuestra patria, son parte de nuestras raíces, una fracción de nosotros mismos. Optimista, repito.

Independientemente de cuál de estas posibles posturas se ajuste más a nuestras convicciones; más allá de nuestra personal valoración de las figuras

RESEÑAS

históricas, de nuestras simpatías y antipatías, creo que esta novela aspira a más. Dije que era una provocación. Creo que busca reacciones. Y aquí aparece Héctor Zagal, el filósofo, no ya el profesor; “cuando un hombre nace, comienza a hacerse filósofo, nace una posibilidad de ver y vivir la vida: eso es filosofía. Cuando un hombre piensa sobre sí mismo, sobre la sociedad que lo rodea y sobre la cultura que lo nutre, entonces se hace filósofo; es aquel que se piensa y piensa su mundo, buscando arrancarle a ese binomio una armonía agradable. Otras actividades con etiqueta filosófica, otros objetivos dados a esa ciencia, fueron designados despectivamente incluso mediante el verbo *sjolázein* o *sjolastikós*, y se refieren al hombre torpe en la vida, un pedante erudito que fracasa precisamente en las preguntas sobre la vida y a quien la filosofía tiene que darle las respuestas”.¹

Pues creo que Zagal es filósofo. Y se vale de un recurso maravilloso para provocar, que es el humor, la risa, de los que saca el material para una reflexión más honda. Como buen aristotélico, conoce cómo, suscitando el placer de lo ridículo, se logra la purificación de las pasiones. Se lee con toda claridad en el segundo libro de la *Poética* de Aristóteles, perdido para siempre, la siguiente afirmación: “El hombre es, de todos los animales, el único capaz de reír. Mostraremos cómo el ridículo de los hechos nace de la asimilación de lo mejor a lo peor, y viceversa, del sorprender a través del engaño, de lo imposible y de la violación de las leyes de la naturaleza, de lo inoportuno y lo inconsecuente, de la desvalorización, de lo inarmónico”. Y la situación extrema de esta cena es un ejemplo de ello. Reímos para pensar. Por ello, Plinio el Joven no dudó en escribir: *Aliquando praeterea rideo, jocor, ludo, homo sum*. (Algunas veces río, bromeo, juego, soy hombre).

Pensar en estos doscientos años transcurridos a partir de la guerra de Independencia hasta nuestros días, desgraciadamente, es constatar la eterna división que existe y ha existido entre los mexicanos. El siglo XIX fue un compendio de guerras civiles, golpes de Estado, asonadas militares: en pocas palabras, de guerra constante. El siglo XX, la secuencia de gobiernos absolutistas, disfrazados o no, pero dictatoriales, impositivos, monolíticos. A partir de la alternancia inciamos el siglo XXI. Nuestra democracia apenas es una niña que puede llegar a ser una hermosa mujer; pero creo que para ello conviene la reflexión histórica sobre quiénes fuimos, de tal forma que podamos construir algo mejor, de modo que consigamos romper con una sociedad

¹ Pedro Tapia Zúñiga, “La areté en la época helenística”, *Nova Tellvs*, 9-10, 1991-2, pp. 293-4.

corporativista, con las élites que se disputan el poder pero que no cambian en esencia. ¿Será posible que lleguemos algún día a lograr cierto mínimo de unión entre los mexicanos? No parece realista o cercano, odios acérrimos nos dividen y no hemos aprendido aún qué significa diálogo, largo plazo, bien común. Sigue pareciéndonos retórica electorera. Y sin embargo nos es tan necesario, tan importante, tan urgente.

Creo sinceramente en que la lectura de esta novela puede conducirnos hacia una reflexión de manera que, conociendo un poco de nuestra historia, de los personajes que la encabezaron, podamos aprender de nosotros mismos. Según esto, no se puede amar lo que no se conoce. Si no conocemos lo que fuimos quizá no podremos nunca conocer en realidad lo que somos. Aún planteado de manera narcisita, posmoderna, podríamos ensayar ir más allá del enamoramiento para pasar al amor por medio del conocimiento. De una forma u otra, más allá del estilo sencillo y nada pretencioso que nos permite adentrarnos mejor en la trama; más allá de la construcción policiaca, más allá de los antojos que nos asaltan mientras leemos, en esta cena estamos presentes nosotros y nuestro futuro, al menos como propuesta, al menos como invitación a saber más, a ser más.

Por todo ello, celebro la aparición de *La cena del bicentenario* y los invito a leerla, a pensar después, a quebrar la indiferencia que siempre es infértil, y cuyo silencio es el del vacío.

MAURICIO LÓPEZ NORIEGA

Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México